

DEPARTAMENTO

DE ASUNTOS

MÁGICOS

DANIEL
HERNÁNDEZ CHAMBERS

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

DEPARTAMENTO
DE ASUNTOS
MÁGICOS

ANAYA

1.ª edición: abril 2020

© Del texto: Daniel Hernández Chambers, 2020
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez
Créditos fotográficos: Rondale/123RF
Foto del castillo: Cederic X

ISBN: 978-84-698-6585-9
Depósito legal: M-2633-2020
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE	11
Un rastro de sangre que conduce al castillo	
Capítulo UNO: <i>El chico sin corazón</i>	13
Capítulo DOS: <i>Radu, el solitario</i>	29
Capítulo TRES: <i>Interrogantes</i>	48
Capítulo CUATRO: <i>La luna miente</i>	59
Capítulo CINCO: <i>Saint Christopher</i>	68
Capítulo SEIS: <i>Traficantes de almas</i>	81
Capítulo SIETE: <i>Un mal presentimiento</i>	94
Capítulo OCHO: <i>En la frontera</i>	108
Capítulo NUEVE: <i>El cadáver de Robin Hood</i>	127
SEGUNDA PARTE	137
Un castillo que no conduce a ninguna parte	
Capítulo DIEZ: <i>Un palacio sobre el mar</i>	139
Capítulo ONCE: <i>Fuego</i>	153
Capítulo DOCE: <i>Jaadoogar Alagan</i>	161
Capítulo TRECE: <i>Pruebas de amor y de sangre</i>	171
Capítulo CATORCE: <i>Despedidas</i>	177
TERCERA PARTE	187
Comienza a cerrarse el círculo	
Capítulo QUINCE: <i>Una teoría y una revelación</i>	189
Capítulo DIECISÉIS: <i>Planes para un futuro incierto</i>	200
Capítulo DIECISIETE: <i>Porcentajes</i>	212

Capítulo DIECIOCHO: Ferdinand	223
Capítulo DIECINUEVE: Un nuevo mundo	233
CUARTA PARTE	247
Sombras	
Capítulo VEINTE: Revelación	249
Capítulo VEINTIUNO: Dudas	260
Capítulo VEINTIDÓS: Cuenta atrás	271
Capítulo VEINTITRÉS: Abismos	284
Capítulo VEINTICUATRO: Ciudad de estatuas	296
Capítulo VEINTICINCO: Unión o muerte	307
EPÍLOGO 1	317
EPÍLOGO 2	322
EPÍLOGO 3	323

A ti, si crees en la magia.

PRIMERA PARTE

**UN RASTRO DE SANGRE
QUE CONDUCE AL CASTILLO**

Capítulo UNO

El chico sin corazón

1

—¿Quién es la mujer que está ahí fuera? —preguntó Wilbur Cusak, desde el umbral del apartamento.

—La madre.

Cusak se giró hacia el agente que le había respondido.

—¿La madre?

—Adoptiva —especificó el otro.

Cusak anotó aquel dato mentalmente. Era lo que esperaba, sin duda. No era la primera vez que alguien adoptaba a un niño huérfano sin saber que la magia corría por sus venas. Más tarde, cuando se hacía evidente, muchos padres experimentaban un rechazo hacia esos niños. Se habían llegado a dar casos de parejas que devolvían al niño adoptado al orfanato, cuando eso era posible. La magia continuaba produciendo sensaciones encontradas en la sociedad. Y esa situación no iba a cambiar.

—¿Y usted? —dijo el oficial al mando, con cierta brusquedad. Era un hombre corpulento, recién rebasada la treintena, con el pelo rubio muy corto.

El recién llegado mostró su identificación.

—Agente Cusak. Departamento de Asuntos Mágicos. Supongo que usted es el inspector Lindbergh.

—¿Por qué le interesa este crimen? —quiso saber Calum Lindbergh—. Es un asesinato. Una carnicería. No hay nada de magia aquí.

Cusak miró al tipo y trató de evaluarlo. Su incomodidad por la intromisión del Departamento de Asuntos Mágicos era comprensible; a nadie le gustaba que llegasen otros a meter las narices en lo que consideraban un caso suyo. Y el Departamento de Asuntos Mágicos tenía peor fama que el de Asuntos Internos.

—No pretendo menoscabar su autoridad, inspector. Pero doy por hecho que está usted al corriente de la prioridad que el Gobierno ha garantizado a mi departamento en cualquier infracción de las leyes si se sospecha que ha intervenido un mago.

—Aquí no hay nada de magia —insistió el inspector.

—Sí la hay. Si no le importa ordenar a sus hombres que abandonen un momento la estancia, se lo mostraré.

Lindbergh le clavó la mirada con evidente desdén, pero unos segundos después dirigió un gesto a los demás agentes para que salieran al rellano.

Cusak se hizo a un lado para dejarlos pasar y cerró la puerta tras el último de ellos.

—¿El cuerpo está en el dormitorio?

El inspector asintió y ambos avanzaron por el pasillo hasta el cuarto en cuestión. El apartamento consistía en cuatro piezas: salón, cocina y dos dormitorios, además del cuarto de aseo. La habitación de la víctima se hallaba al fondo de un pasillo iluminado por una lámpara de plafón. El cadáver yacía boca arriba sobre la cama, con un boquete en el pecho y una enorme cantidad de sangre por todas partes. La ventana estaba abierta y la lluvia de noviembre se colaba y empapaba

el suelo. Tal vez el asesino hubiera huido por allí, o quizá había sido la víctima la que había intentado escapar. Cusak examinó el rostro imberbe del chico muerto; sus párpados no se habían cerrado del todo y los labios estaban contraídos en una mueca de pánico. No más de quince años.

—No toque nada —advirtió Lindbergh—. La Científica todavía no ha hecho su trabajo.

—No encontrarán nada.

—Apuesto a que sí. El asesino no tuvo tiempo de limpiar, así que aparecerán huellas. Tal vez algo mejor que eso.

Cusak negó con la cabeza en un gesto que al otro se le antojó cargado de prepotencia.

—Escuche, inspector Lindbergh: no quiero apartarle del caso. De hecho, doy por sentado que necesitaré su colaboración. Pero a partir de este momento soy yo quien está al mando. Me temo que este asesinato ha sido cometido por un mago y, si es así, mi departamento tiene que intervenir y dirigir la investigación. Así lo dicta la normativa y usted lo sabe.

Lindbergh apretó los labios y al poco escupió:

—¿Qué le ha hecho venir aquí? ¿Cómo se ha presentado tan rápido?

—Las circunstancias del crimen, inspector. Este no es el primer caso. Se han producido otros.

—¿Otros? ¿Iguales que este?

—Muy parecidos.

—¿Cuántos?

—Este es el tercero, que sepamos. Tres muchachos de edad similar a los que se les ha arrancado el corazón.

—Un asesino en serie obsesionado con adolescentes.

—No. Un mago que está buscando algo.

—Todavía no me ha demostrado que esto sea un asunto de su departamento.

Wilbur Cusak se llevó la mano a un bolsillo de su abrigo y sacó unos guantes de látex que se colocó con parsimonia. A continuación, extrajo un pequeño frasco de cristal con un líquido azulado en su interior. Rodeó la cama para colocarse cerca de la cabeza de la víctima, se inclinó sobre el cadáver procurando no tocar la colcha y las sábanas y, con sus dedos pulgar e índice, separó los párpados del ojo izquierdo del muchacho.

—¡Le he dicho que no...!

Pero Cusak ya lo había hecho y ahora vertía con cuidado unas gotas del líquido azul en el interior del ojo.

Calum Lindbergh dio un paso atrás, sobrecogido, al ver lo que sucedía a continuación.

2

Todo comenzó con un gran éxodo.

Primero, las inundaciones en la región del golfo de Bengala, una zona donde la costa es particularmente llana, provocaron el desplazamiento de millones de personas en la India y en Bangladesh. No todas fueron en la misma dirección, muchas se dirigieron hacia zonas más elevadas dentro de sus propios países, pero otras cruzaron fronteras con países vecinos, lo que no tardó en causar reacciones de rechazo. China cerró sus fronteras, y miles de refugiados pusieron entonces rumbo a Occidente.

Para entonces, en Europa se vivía una situación similar, en este caso como motivo de una guerra en el Este del continente, iniciada años atrás en Ucrania entre las autoridades locales y grupos separatistas prorrusos, pero que a comienzos de la década de 2020 había rebasado fronteras y afectaba a otras antiguas repúblicas soviéticas y ahora también a buena parte de Centroeuropa, con lo que oleadas de refugiados como nunca antes se habían visto se desplazaban hacia el oeste sin un destino concreto. Ni siquiera se podían comparar con las de los refugiados sirios que llegaron al continente en 2015.

Llegaban, con lo puesto, ancianos, hombres, mujeres y niños, muchísimos de ellos huérfanos. En sus rostros se apreciaba el horror, el pánico, la incomprensión y una esperanza cada vez más frágil.

La Comunidad Europea se vio obligada a reaccionar, aunque, como casi siempre, lo hizo tarde y con extrema lentitud, pese a que esta vez no se trataba de inmigrantes subsaharianos o árabes, sino en buena parte grupos de ciudadanos de la propia comunidad. Las palabras vacías dieron por fin paso a la creación de toda una red de nuevos orfanatos para dar cabida a los cientos de miles de niños sin padres que deambulaban sin rumbo por Europa. La mayoría de ellos fueron llevados a Escandinavia, Francia, Italia, España y Reino Unido. A otros se los trasladó a Estados Unidos y Canadá.

Se intentó que en cada orfanato los niños estuvieran unidos por la nacionalidad y unas edades similares, pero esto no siempre fue posible y no siempre las autoridades pusieron un mínimo de interés en aliviar el sufrimiento de los huérfanos. Algunos de esos orfanatos se transformaron en agujeros negros. Varias organizaciones no gubernamentales denunciaron abusos, malos tratos, condiciones infrahumanas y un elevado número de inexplicadas desapariciones de niños.

Durante mucho tiempo, el caos fue absoluto, pues el flujo de refugiados no cesaba y varios de los gobiernos europeos imitaron a China y suspendieron los acuerdos internacionales. Surgieron voces advirtiendo de que entre los refugiados había terroristas y magos; grupos paramilitares de ultraderecha protagonizaron ataques indiscriminados contra las columnas de personas que llegaban con lo puesto después de haber recorrido miles de kilómetros desde Oriente. Una temblorosa Comunidad Europea buscó acuerdos con estados

fronterizos, como se había hecho anteriormente con Turquía, para que dichos estados acogieran al grueso de refugiados a cambio de ayudas económicas y oscuras promesas que se mantuvieron en el máximo secreto.

Los campos de acogida ocupaban miles y miles de hectáreas de terreno y en no pocos casos recordaban más a campos de concentración y a prisiones a cielo raso. Los internos se agolpaban contra las alambradas y lanzaban miradas de súplica a los soldados y a los reporteros que los observaban desde el otro lado.



Antes, mucho antes, a mediados de la década de 1960, se hizo público lo que para algunos había sido desde siempre un secreto a voces y para muchos otros un temor atávico: un cierto porcentaje de la especie humana, muy reducido, poseía magia corriendo por sus venas.

La Organización de las Naciones Unidas confirmó que la cantidad y la intensidad de esa magia era muy variable de un individuo a otro, pero esto no tranquilizó al resto de la población mundial, que comenzó a temer el poder desconocido de esa nueva raza denominada «magos».

Desde el mismo momento en que se hizo oficial su existencia, se realizaron todo tipo de estudios sobre la magia, desde puntos de vista muy diversos, históricos, antropológicos, médicos, etcétera. Sobre muchos de esos estudios se había tejido una extraña red de oscurantismo. Lo cual, obviamente, había dado lugar a un elevado número de teorías, en especial entre los no-magos. Algunas eran descabelladas, como la que sugería que la magia era en realidad un virus extraterrestre.

Sin embargo, lo cierto es que era más bien poco lo que se sabía acerca de su origen o su naturaleza.

Así las cosas, cada vez más países legislaron sobre el uso de la magia, lo que por lo general significaba restringirlo al máximo. Otros directamente lo prohibieron. En esos lugares, la magia se convirtió en sinónimo de delito; utilizarla conllevaba graves multas o incluso penas de prisión. En países en los que las libertades escaseaban, los magos fueron obligados a lucir en sus ropas una marca para ser fácilmente identificados.

3

Del ojo izquierdo del chico muerto brotó una sombra grisácea que se elevó en el aire y aumentó de tamaño, se dividió en dos, y ambas adquirieron forma humana para iniciar una suerte de danza, la persecución y lucha que había tenido lugar entre víctima y verdugo, hasta que una, más alta y gruesa, arrojó a la otra sobre la cama y se inclinó encima. Entonces, las dos a la vez se disolvieron sin dejar el menor rastro de su presencia.

—¡Qué demon...! —exclamó Lindbergh, que ante la aparición de la primera sombra había sentido que se le erizaba la piel.

—¿Nunca lo había visto, inspector?

—No. Procuero mantenerme alejado de su departamento y de sus... rarezas.

Cusak se encogió de hombros. Conocía de sobra el desprecio que despertaba en muchos todo lo relacionado con la magia, un desprecio que sabía que era producto de la ignorancia y del miedo. Miedo hacia lo diferente y desconocido. Guardó el frasco y sacó ahora otro de similar tamaño pero forma diferente y vacío; rompió el precinto de plástico y, con

ayuda de una cánula y sin llegar a tocar el cadáver, recogió una pequeña cantidad de la sangre que había brotado de la gran herida del pecho.

—¡Eh! Ya le he dicho que no puede tocarlo.

El otro se irguió. Era igual de alto que Lindbergh y, aunque este le superaba en corpulencia, había algo en Cusak que le confería una notable autoridad.

—Y yo le he dicho que tomo el mando de esta investigación.

—Yo soy inspector, usted es un simple agente.

—¿Por qué no llama a sus superiores y les pide que le recuerden la normativa? Un *simple* agente del Departamento de Asuntos Mágicos estará a cargo de cualquier investigación en la que la víctima o el criminal sea un mago. Acabo de demostrarle que en este asesinato ha participado un mago, de modo que deje ya de interrumpirme. —Volvió a cerrar el frasco y se lo guardó en el mismo bolsillo del que lo había extraído.

Calum Lindbergh se mordió la cara interior del moflete y resopló entre dientes.

—Está bien —dijo al fin—. ¿Para qué quiere la sangre?

—En ocasiones, si la magia es muy intensa, puede detectarse su presencia en la sangre, aun cuando el sujeto ya ha fallecido.

—Entonces, ¿la víctima es... era un mago?

—Sin duda la víctima poseía magia. Pero es posible que el asesino también.

—Antes ha mencionado otros dos casos...

—Que hasta ahora sepamos.

—Sí, bien. En esos dos casos, ¿la víctima era un mago?

—En ambas víctimas se detectaron trazas de magia, en una más evidentes que en la otra.

—¿Un mago que asesina a otros magos? Nunca había escuchado algo semejante.

—En mi departamento no suelen producirse filtraciones a la prensa. Cualquier nimiedad relacionada con la magia provoca crispación en la sociedad, así que nos esforzamos en que los casos en los que nos involucramos no lleguen a la prensa. De todas maneras, considerar «magos» a muchachos tan jóvenes es exagerado.

—¿No se les llama así a todos ellos?

—Tener magia en las venas no significa que se sea capaz de dominarla. En el departamento denominamos «magos» a aquellos capaces de dominarla y de hacer uso de ella. Los demás solo son «portadores».

—¿Portadores? ¿Como si se tratara de un virus?

Alguien llamó a la puerta del apartamento.

—Parece que los de la Científica han llegado.

—Imagino que sí. —Calum Lindbergh fue a abrir y Wilbur Cusak aprovechó para echar un vistazo más al dormitorio.

Salió en cuanto los agentes de la Policía Científica empezaron a trabajar.

Si alguien repudiaba a los de Asuntos Mágicos eran los de la Científica, y Cusak prefería evitar más tiranteces de las necesarias.

Al poco de haberse ido, Calum Lindbergh recibió una llamada de su superior inmediato, instándole a comunicar a Cusak todos los datos de la investigación.

—¿Voy a tener que trabajar para él? —inquirió el inspector.

—Por el momento, me temo que sí.

—Pero...

—Para. Te hace la misma gracia que a mí, así que no quiero oír tus quejas. El agente Wilbur Cusak está al mando, así son las cosas. La situación no es agradable, pero es la que es.



La madre de la víctima era una mujer oronda, de unos cincuenta años, con el pelo teñido color caoba y los ojos arrasados por las lágrimas y el espanto. Había un agente junto a ella que se hizo a un lado al ver llegar a Cusak. Este extendió la mano hacia él para solicitarle la libreta digital donde había estado tomando notas. Leyó con rapidez y se la devolvió.

—Señora Mullins, lamento enormemente lo sucedido. —La mujer ni siquiera respondió mediante un gesto. Estaba inmóvil, petrificada. Lo único que se movía en ella eran las lágrimas, que dibujaban surcos por sus mejillas, y el pecho, que se hinchaba y deshinchaba al ritmo alterado de su respiración—. Necesito hacerle unas pocas preguntas y enseguida la dejaré de nuevo con el agente...

—Cohen —apuntó el aludido.

—Con el agente Cohen. Dígame, señora Mullins, ¿de qué nacionalidad era su hijo?

—Británica.

—Antes de que usted lo adoptase, me refiero.

La mujer se sorbió la nariz.

—Nació en Moldavia.

—¿Cuánto tiempo llevaba viviendo con usted?

—Tres años.

—Dos años y once meses —corrigió el agente Cohen, tras revisar sus notas.

—¿Cuándo supo usted que el chico poseía talentos mágicos?

—Al año de adoptarlo, más o menos. Mi marido quiso devolverlo, pero yo me opuse y... Bueno, desde entonces mi marido y yo no dejamos de discutir.

—¿Dónde está él ahora? Su marido.

—En Madeira.

—¿Qué hace allí?

—Solo sé que está allí. Eso fue lo último que supe de él. Lo que haga o deje de hacer no me interesa. Nos separamos. Él se negó a seguir viviendo bajo el mismo techo que un mago.

—Dígale luego su nombre y su dirección actual, si la tiene, al agente Cohen. Cuando llegó usted a casa, ¿notó algo extraño o vio a alguien que no fuera vecino?

—No. O sea, sí, claro, enseguida supe que había ocurrido algo. Víctor me había dicho que no iba a salir y no me respondió cuando lo llamé, pero las luces del salón estaban encendidas, por eso fui a su cuarto.

—¿Dónde estaba usted?

—En casa de mi hermana. El martes tuvo un pequeño accidente y le viene bien un poco de ayuda en casa mientras se recupera. Le dije a Víctor que vendría para preparar la cena y él me contestó que no iba a salir.

—¿No se ha fijado en estos últimos días en nadie que no le sonara del vecindario?

—Yo voy a lo mío, señor. En este barrio hay mucha gente joven y no tan joven que va y viene. No es un buen barrio, ¿sabe? No me fijo en las caras, no me gustan los problemas.

—De acuerdo, señora Mullins. El agente Cohen continuará con usted. Yo volveré a verla más adelante. —Se volvió

hacia el agente—. Apúntelo todo, páseselo a Lindbergh y que él me lo pase a mí.

—Muy bien.



Desde que su existencia se hizo pública, los llamados «magos» se habían convertido en proscritos. Dado que la inmensa mayoría de ellos no poseían un gran poder que les sirviera para defenderse, habían sufrido toda clase de abusos, malos tratos y vejaciones, igual que a lo largo de la historia los habían sufrido otros también considerados «diferentes» por su religión, su raza, su color o su orientación sexual. Así las cosas, muchos magos habían optado por esconder su condición, pues no había nada en su físico que los delatara, pero otros muchos eran descubiertos a una edad muy temprana, cuando ni ellos mismos sabían lo que eran. Solo se sabían distintos. Algunos padres exigían que a sus hijos se les realizaran análisis nada más nacer, ya que, por lo que se sabía, la magia no pasaba necesariamente de padres a hijos, sino que podía surgir de forma espontánea, aunque los estudios indicaban que sí parecía haber un componente hereditario que, sin embargo, no era determinante. Se conocían casos de la presencia de más de un mago en una misma familia, pero podían estar separados por varias generaciones. Con la crisis de refugiados y el grandísimo número de huérfanos, el miedo a la magia llegó a niveles inimaginables. En muchos orfanatos y centros de detención de inmigrantes se sometió a los internos a análisis sin su consentimiento, con la excusa por parte de las autoridades gubernamentales de que era aconsejable mantener un control de los individuos llegados a cada país.

Al mismo tiempo que aparecían organizaciones y grupos criminales que repudiaban a los magos y pretendían aislarlos y expulsarlos de sus fronteras, también surgían otras organizaciones que hacían lo posible por proteger a los huérfanos que poseían magia en su interior, llegando hasta el punto de falsear sus análisis y de disponer una red de alojamientos «seguros» para ellos, al estilo del Ferrocarril Subterráneo, mediante el que se ayudaba a los esclavos negros en el siglo XIX en Norteamérica.

En determinados países de África se asesinaba impunemente a los magos, como se hacía también con los albinos, para utilizar sus órganos o sus huesos en conjuros o como amuletos. En ciertas regiones de Asia surgieron redes pedófilas donde se ofrecía a la clientela niños magos. Corrían rumores de que algunas islas de Micronesia habían sido acondicionadas como prisiones exclusivas para magos. En diversas zonas de Sudamérica existían comandos paramilitares dedicados al exterminio de cualquier sospechoso de ser mago. En Europa y Norteamérica se había mirado demasiado tiempo a otro lado, hasta que ya no fue posible hacerlo.

No se sabía cuántos magos había, ni por qué unos bebés nacían con magia en sus venas y otros no, se ignoraba por qué en algunos individuos se desarrollaba y en otros permanecía estancada, como enquistada. Nadie conocía su procedencia. Se sabía tan solo que existía y que, en algunos casos, en algunas personas, podía llegar a ser muy poderosa. Un arma temible, decían muchos.

Estados Unidos fue el primer país en crear un departamento específico de la policía para tratar con Asuntos Mágicos, y varios otros países del llamado mundo occidental imitaron la iniciativa.

Visto desde fuera, en el departamento solo parecía haber agentes y directores, pero los que estaban dentro conocían perfectamente su posición en el esquema jerárquico. Había agentes de grado uno, grado dos y grado tres.

Wilbur Cusak era un agente de grado tres del Departamento de Asuntos Mágicos del Reino Unido y, si no había sido ascendido a director, era porque todavía se sentía a gusto a pie de calle.

INTRIGA, MAGIA, AMISTAD, AMOR Y LUCHA EN UNA NOVELA QUE ATRAPA Y SORPRENDE

El agente Cusak, del departamento de Asuntos Mágicos, y el inspector Lindbergh investigan los asesinatos de tres adolescentes a los que se les ha arrancado el corazón. Cusak tiene sus propias sospechas sobre el asesino, cree que se trata de un mago. Las víctimas eran huérfanos de la guerra de Europa del Este, nacidos en Ucrania, Rumanía y Moldavia, y habían sido adoptados por familias inglesas.

De forma paralela, Radu y Lera, dos jóvenes que ignoran que su destino está marcado por la magia, se ven obligados a emprender un viaje hacia Occidente.

1525254

ISBN 978-84-698-6585-9



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com